

RESUMEN DE PRENSA

COMENTARIO DE ACTUALIDAD

Ramon Boixareu

En repetidas ocasiones se había mostrado sorpresa en estas páginas por el escaso o nulo interés que, meses atrás, estaba mostrando la gran prensa por la posibilidad de que el resultado del referéndum francés —sobre todo el francés— sobre la llamada Constitución europea fuera negativo. El silencio casi total que se estuvo manifestando ante dicha importante posibilidad sólo podía ser debido a la creencia generalizada de que un “no” francés era impensable por lo que resultaba inútil hacer conjeturas sobre sus eventuales consecuencias.

Las cosas cambiaron radicalmente cuando, ya en plena primavera, empezaron a conocerse y a divulgarse resultados de encuestas sobre la materia y sobretodo al constatarse que la gran mayoría de las mismas daban como muy probable el triunfo del “no”. Ahí fue Troya, y dio la impresión de que de repente no había más tema digno de atención que el previsible “no” salido del referéndum que iba a celebrarse en Francia a últimos de mayo.

Los artículos, las declaraciones de líderes políticos y los comentarios de todo orden que desde entonces llenaron y que siguen llenando las páginas de toda la prensa —por lo menos la occidental— han sido tan numerosos que se necesitaría un campeón y cientos de páginas para sintetizar todo cuanto se ha dicho hasta el momento, lo que obligará a prestar particular atención sólo a lo publicado últimamente.

En un artículo (*Europe's revolt against the establishment*) aparecido en *Herald Tribune* de 2/6, Richard Bernstein escribía: “Algunos lo llaman simplemente divorcio; otros, desencanto. Pero un comentarista francés, autor de un libro titulado *The Fall of France*, ha utilizado un lenguaje más fuerte. Ha sido «una insurrección», «una intifada democrática», una revuelta que refleja la desesperación y los temores de los franceses frente al declive de

su país y a la falta de aptitud de sus líderes para hacer frente a la crisis (como habría dicho de Gaulle, fue un «no» *franc et massif*)... A partir de los «no» francés y holandés, la Constitución europea es letra muerta y lo sucedido tendrá un efecto paralizador para la integración, haciendo de Francia un país impopular en toda la UE y provocando posiblemente una caída del euro... Todo esto significa problemas para Europa y probablemente para Estados Unidos, que mirará hacia Europa en busca de ayuda en muchos frentes...”.

Ya con anterioridad a la celebración del referéndum, la prensa norteamericana se había mostrado particularmente severa sobre los efectos de un “no” francés, que dicha prensa presentaba no sólo como seguro, sino mostrando incluso cierta complacencia por la probabilidad de un voto negativo, que era subrayada con titulares un tanto inusuales en órganos como, v.g., el *WSJE*. Tal posición, sin embargo, tiene sus excepciones, como es el caso del constructivo artículo (*Europe will press on*) publicado también en *Herald Tribune*, éste de fecha 4-5 de junio. “El mundo de los eurócratas se verá profundamente agitado por los dos resultados negativos, aunque, por supuesto, no supondrán su fin. Los eurócratas deberán trabajar más duramente, si bien el proceso de ir soldando Europa haciendo de ella una economía políticamente mayor y más sólida no se verá detenido. El primer efecto de los «no» será, no tanto el caos como el silencio. Si las crisis anteriores pueden servir de lección —decía el autor del artículo, Giles Merrit (1)— los gobiernos europeos y las instituciones de Bruselas digerirán las informaciones y ponderarán sus implicaciones a largo del verano. A la larga, la crisis actuará como un catalizador que se traducirá en un debate público mucho más imaginativo sobre lo que el pueblo desea de la unidad europea...”.

Un análisis —siquiera breve— de la prensa inmediatamente anterior y posterior a los “no” de

Francia y Holanda no puede dejar de recoger en alguna medida un largo editorial de *Financial Times* de fechas 28 y 29 de mayo. En él, *FT*, después de exponer sucintamente los pros y los contras del “sí” y del “no”, sugería —cosa poco usual— las ventajas que supondría el triunfo del “sí”. “Para el bien de Europa y de Francia, el voto debería ser positivo. El texto constitucional no es perfecto —decía *FT*— es engorroso (*cumbersome*), difuso (*wordy*) y de difícil manejo. Pero supone una clara mejora sobre la presente proliferación de tratados y procedimientos que hace de la UE algo denso y distante a los ciudadanos. La Constitución proporcionará a los 25 Estados miembros de la Unión ampliada un marco mejor dentro del cual sea posible proceder a debates políticos vitales sobre reformas económicas, protección social y competitividad internacional que determinarán el papel futuro de Europa en el contexto global.

Un «no» de Francia sería no sólo un voto inmovilista sino un retroceso. Tanto desde la derecha como desde la izquierda, la campaña del «no» ha sido marcada por la nostalgia por un mundo que ya no existe. En la derecha está protagonizada por viejos gaullistas defensores de una orgullosa soberanía nacional, y por la extrema derecha del Frente Nacional, racista y antiinmigrante. En la izquierda combina una vieja aspiración socialista de preservar un modelo exclusivamente francés de protección social y de servicios públicos subsidiados con una extrema izquierda hostil a todo lo que representa la UE, desde el mercado único hasta la libertad de movimientos de capital y la política de estricta competencia...”.

He ahí, entre otros, algunos de los argumentos utilizados por *FT* para inclinarse a favor de un voto afirmativo, en ausencia del cual, las cosas, según el periódico, “podrían complicársele apreciablemente a la Unión”.

Las fechas que precedieron al referéndum fueron aprovechadas por algunas publicaciones para analizar el comportamiento de los ciudadanos franceses en las actuales circunstancias. *The Economist* dedicó amplios espacios al tema, en especial en su número de 28 de mayo. “Hace algo más de seis meses —decía el semanario— los franceses estaban preocupados por las ansiedades propias de una democracia moderna: cómo soportar el stress; cómo estar delgado; cómo recuperarse del alcoholismo, o cómo comprender *The Da Vinci Code*. Hoy, cuando el país se prepara para votar en el referéndum sobre el tratado constitucional de

la Unión Europea, las trivialidades han desaparecido de las mentes francesas. El voto «sí», que llegó a situarse en el 64 por 100 de las encuestas en septiembre, ha descendido por debajo del 50 por 100 ... ¿Por qué están tan divididos los franceses? La respuesta es que el referéndum ha disparado un proceso de introspección que sólo tangencialmente está relacionado con el texto del tratado, desencadenando una batalla sobre el futuro de Francia, en la que concurren tres elementos. El primero se refiere al lugar que Francia deba o desee ocupar en el mundo. El segundo apunta al fracaso de su economía en la creación de empleo. Y el tercero gira alrededor de la naturaleza (*nature*) de su élite política”. Cualquiera de estas cuestiones podría llevar muy lejos.

The Economist, sin embargo, conseguía concretar su punto de vista sobre el tema de hoy, y así, como conclusión de su editorial de cabecera del citado número, decía lo siguiente: “Una derrota de la Constitución no será la catástrofe que algunos eurófilos parecen creer: la vida seguiría, incluso en Bruselas, y una Unión que ha durado casi medio siglo es con seguridad lo suficientemente fuerte para hacer frente a un ocasional desaire de los votantes. Y si la respuesta al desaire consiste en hacer una pausa para reflexionar, el desaire puede incluso resultar beneficioso (*benefit*)”.

Por lo demás, la unión monetaria de Europa seguiría viva incluso en el supuesto de que la integración política se paralizará después de los referéndums de Francia y Holanda, e incluso después de que un país miembro como Italia “se suicidara económicamente, abandonándola”. Esto es lo que dijo ayer el primer economista del Banco Central Europeo, según informaba Ralph Atkins en *FT* de 4-5/6.

Otmar Issing, miembro de la junta de gobierno del BCE, dijo también que “lo que faltaba para convertir la zona euro en una unión monetaria óptima (*optimal currency union*) era una mayor flexibilidad de los mercados de producto y laboral. Sobre todo, la Unión Europea debería proceder a reformas que promovieran la competitividad”.

Preguntado en una conferencia celebrada en Francfort si eso requeriría integración política, Issing contestó: “No. ¿Qué tipo de integración política se necesita? Creo que esta es una cuestión abierta. La unión monetaria puede sobrevivir y funcionar bien sin necesidad de contar con un verdadero Estado”.

Los comentarios de Issing se han producido al final de una semana en la que el rechazo de la Constitución por parte de algunos países creó riesgos para la unión monetaria puesta en marcha en 1999.

Según Issing, el BCE había lamentado los resultados de los referéndums francés y holandés, pero algunos de los comentarios sobre la zona euro y su futuro que se han escuchado estos días pertenecen al reino de lo “absurdo”. En su recorrido, el euro ha beneficiado a todos sus miembros, y el débil crecimiento de Alemania, la principal economía de la zona, “no tiene nada que ver con el euro”.

Refiriéndose a Italia, Issing fue rotundo: “Sería un suicidio económico que este país abandonara la unión monetaria”.

Uno de los episodios más curiosos que se han producido alrededor del “no” se ha referido a la cotización del euro, pues no han sido pocos los órganos de prensa que han atribuido a los “no” el descenso del tipo de cambio de la moneda única frente al dólar, hecho que ha sido presentado con un dramatismo fuera de lugar. En primer lugar, porque la caída del euro frente al dólar empezó a producirse semanas e incluso meses atrás, a partir del día en que la cotización del euro alcanzó un máximo de 1,36 dólares. La “caída” gradual, por lo tanto, no ha tenido nada que ver con los resultados negativos de los referéndums. Y en segundo lugar, porque la pérdida de valor de la moneda europea no tiene nada de dramático, sino más bien lo contrario, en la medida que un euro más bajo favorece las exportaciones de la zona y es positivo para las empresas de ésta.

Dave Shellock, experto en temas de bolsa, se expresaba así en *FT* de 4-5/6: “Las noticias políticas de Europa han podido ser poco gratas esta semana, pero lo cierto es que los mercados de acciones mostraron una firmeza admirable, en especial por lo que se refiere a las compañías exportadoras, y más concretamente a las fabricantes de automóviles (Fiat subió un 9,1 por 100;

Porsche un 7,7 por 100, etc.)”. “¿Crisis? ¿Qué crisis?”, preguntaba *WSJE*.

Es más: un euro a la baja no sólo es bueno para las exportaciones, sino que, a través de éstas, puede estimular el crecimiento. El propio *WSJE* lo ponía de relieve en la primera página de su número 6 de junio con este titular: “El descenso del euro es positivo para las perspectivas de crecimiento de la UE”. En el artículo que seguía, G. Thomas Sims escribía: “El rechazo de la Constitución europea puede alterar los nervios de los líderes políticos, pero la caída del euro que ha ocasionado [?] se produce justo en el mejor momento para contribuir a la reactivación de las economías de Europa. Ahora, el oportuno descenso del euro —si se estabiliza a un menor nivel— podría conducir a que los productos de elevado coste europeos redujeran sus precios permitiendo su venta a otros países...”.

En fin, algunas de las opiniones expresadas pueden contribuir a desdramatizar la situación creada por los serios problemas que está creando la ratificación o no ratificación del tratado constitucional. Lo que en definitiva vaya a ser el futuro de la Unión se irá viendo a partir de la cumbre de los días 16 y 17 de este mes de junio, así como en el curso de los meses y años próximos. Todo lo que se diga ahora no pueden ser más que conjeturas, a veces innecesariamente alarmistas. Mientras tanto, ¿qué? Tras un titular posiblemente excesivo (*The Europe that died*) *The Economist* de 4 de este mes decía en su primer editorial: “La mayor y la única gran lección de los referéndums francés y holandés es la urgente necesidad de estimular el crecimiento y reducir el paro en Europa. Es la debilidad de la economía y del empleo, en especial en los principales países de la zona euro, donde radica la insatisfacción de los electores, tanto por lo que respecta a sus líderes como respecto a la propia Unión”.

NOTA

(1) Giles MERRIT es director de Forum Europe y secretario general de Friends of Europe.